



EN LOS frontones de la Ciudad Universitaria se logró una completa identificación de las construcciones con el paisaje y con la tradición artística prehispánica.



EL NUEVO edificio de la SCOP ha sido uno de los experimentos más importantes para la aplicación de las nuevas teorías arquitectónicas.



DIEGO RIVERA diseñó y realizó, en el escarpio del estadio olímpico de la C.U., este mural en relieve, que funciona también de acuerdo con las teorías modernas.

DIFÍCIL es hablar sobre la Arquitectura Mexicana Contemporánea sin hacer, de antemano, un cuadro histórico-sociológico de las determinantes que han normado su evolución hasta el punto en que se ubica dentro del momento plástico que se vive.

Hay que partir del punto histórico de más importancia en México, en el último medio siglo, y que coincide con el advenimiento mundial de un movimiento con tendencia a modificar radicalmente la arquitectura.

A partir de la Revolución Mexicana, en todos los aspectos del arte, y siguiendo la tendencia general a buscar nuevas soluciones al problema de la creación artística, se inició la génesis de la nueva arquitectura mexicana y esta génesis siguió diversos caminos, normados por diferentes guías.

Una fue la de la imitación de las corrientes arquitectónicas revolucionarias que se abrían paso denodadamente en diversas partes del mundo. Esta guía, confundiendo lamentablemente, desde un punto de vista "snobista", el modernismo arquitectónico, dio lugar a la creación monstruosa y desafortunada de edificios públicos, residencias y unidades de vivienda colectiva cuyo funcionamiento adolecía de los mismos defectos y hacía prevalecer los mismos vicios de las construcciones antiguas, pero que, una arbitraria aplicación de materiales "modernos", y la ausencia de los elementos arquitectónicos —columnas, frisos, cornisas, etc.— que caracterizaron durante siglos todo lo construido por el hombre, siguiendo la tradición helénica, trataba de hacer aparecer como obras "modernas" y desligadas en todo del pasado.

Otro camino seguido por los arquitectos mexicanos que ha querido sincerarse con la realidad, fue el de aplicar las normas de las corrientes renovadoras, pero tratando de hacerlo conscientemente y conforme a las realidades mexicanas, desde el punto de vista sociológico y realmente funcional que deben determinar los proyectos. Este camino fue el que marcó el principio de la integración lógica de nuestra arquitectura.

La construcción en México se vio favorecida por un hecho que, a su vez, significó un obstáculo para el desarrollo de la sinceridad arquitectónica: la abundancia de capitales hechos de la noche a la mañana y puestos en manos de individuos notablemente imprevistos, cuya única ambición estaba en conservar y asegurar esos capitales, cosa que hicieron en la forma más segura de inversión, aun cuando resultara absurda para un país subdesarrollada técnica e industrialmente como el nuestro: los bienes raíces.

La iniciativa privada nunca creó unidades de suficiente importancia arquitectónica, aun cuando saturó la ciudad y creó enormes zonas de nuevas construcciones, como, por ejemplo, las colonias residenciales, en las que la necesidad de hacer ostentación de riquezas, la llevó a lamentables extremos como el "estilo colonial californiano", cuyo rebuscamiento ultrabarroco infecta un gran sector de Chapultepec Morales, Polanco, Anzures y Las Lomas. Creó también zonas residenciales de menor categoría vendiendo casas construidas en serie, en las que se utilizaba la misma planta para todas las orientaciones posibles y se aprovechaban materiales decorativos comprados en "saldos" para abaratar los costos, con lo que lograron levantar Narvarte, Lindavista, y otras colonias de repulsivo aspecto estético. Y finalmente, como cerrojo seguro a sus inversiones, transformaron la antigua casa de vecindad en una serie de ellas superpuestas, perforadas por oscuros pasillos y estrechas escaleras, y en las que redujeren el tamaño de las habitaciones y servicios al mínimo posible, con objeto de sacar el máximo provecho económico al espacio disponible.

Con una iniciativa privada ciega a todo progreso en la arquitectura, quedaba únicamente el Estado como posible camino a seguir.

Otro factor que ayudó a despejar el camino en los últimos años, fue el aumento del interés público en la cultura arquitectónica, propiamente dicha. Aumentó el número de artículos peridísticos y de conferencias destinadas a la divulgación de tales conocimientos entre los no especializados en la materia. La palabra arquitecto dejó de ser un enigma para las mayorías, los diarios y revistas iniciaron la publicación periódica de secciones dedicadas a la materia y la arquitectura vino a ser un tema de obligado buen gusto, y hasta la profesión misma, una especie de apostolado romántico, una de tantas fiebres de la posguerra. La Facultad de Arquitectura, antes casi desierta de alumnos, vio decuplicado el número de las inscripciones, aunque la mayoría de ellas fuera producto de un lamentable error vocacional.

Este incremento corrió paralelo a la iniciación, por parte del Estado, de grandes obras, espectacularmente proyectadas sobre el principio de una planificación preintegral y en la cual afortunadamente, el gobierno invirtió el dinero de los contribuyentes sin tomarles su parecer y ateniéndose a los criterios especializados y audaces, en muchas ocasiones, de los arquitectos mexicanos que así, casi de golpe, tuvieron en sus manos todos los instrumentos técnicos y económicos para la realización de ideales largamente reprimidos por la nula aportación de la iniciativa privada.

Como en un laboratorio donde un grupo de pilluelos tuvieran manos libres para hacer las combinaciones que quisieran, los arquitectos mexicanos, sin limitación de ninguna especie, ni siquiera económica, realizaron una serie de experimentos de capital importancia para el futuro de la arquitectura mexicana. Siguiendo algunos de ellos las tendencias de las escuelas extranjeras, difícilmente incorporables, razonablemente, al medio mexicano, realizando obras de inspiración personal en lo absoluto, otros, o experimentando con miras a una integración plástica, se hicieron obras de indudable valor para las futuras generaciones. Unas como pie para el desarrollo de las mismas, otras como muestras de las equivocaciones en el camino.

La misma iniciativa privada reaccionó adaptándose al movimiento en muchas ocasiones. La zona residencial del Pedregal de San Angel, es el campo experimental de la moderna arquitectura residencial, así como en otro estilo, algunas zonas industriales. En el caso de la vivienda colectiva se han realizado importantes experiencias, como los multifamiliares, de esta ciudad, y las unidades que se construyen en la provincia, tanto por cuenta del Estado como por la del capital privado.

Se ha descuidado un tanto el aspecto de la verdadera vivienda popular, tanto en el campo como en la ciudad, en la que, la tercera parte de la superficie total construida, está clasificada como inhabitable, aun cuando es la que reúne las mayores masas de población. En los últimos años ha aumentado el interés por solucionar este problema y ya la Sociedad de Arquitectos Mexicanos convocó a un concurso en el que la afluencia de trabajos demostraron el gran interés de los profesionales. Destacó notablemente, en este concurso, un trabajo realizado en el Departamento de Arquitectura del INBA, bajo la dirección del Arq. Arai, en el que se analizaban, cuidadosamente, todos los factores concurrentes al hallazgo de una solución, funcional en todos aspectos, de tan capital problema.

Mayo Antonio SANCHEZ

NUEVA ARQUITECTURA